



CUANDO LA LITERATURA SE ANTICIPÓ A BREXIT

LINA MARÍA
AGUIRRE JARAMILLO

“La insularidad de los ingleses”, escribía George Orwell en su ensayo “England Your England”, es “en el fondo la misma cualidad del carácter inglés que repele al turista y mantiene a raya al invasor”. Era febrero de 1941, la *Luftwaffe* encendía a Londres en medio de la *lightning war*, la guerra que atacaba a la ciudad como si fuera con rayos: *Blitzkrieg*, la palabra que la prensa británica derivó en *The Blitz* para describir los ocho meses, una semana y dos días de fortísimos bombardeos perpetrados por las flotillas alemanas durante la Segunda Guerra Mundial, cuando Orwell, como miles de conciudadanos, experimentaba lo que él resumía en la primera línea del ensayo: “Mientras escribo esto, seres humanos altamente civilizados están sobrevolando, intentando matarme”.

El ensayo fue publicado en el libro *The Lion and the Unicorn: Socialism and the English Genius* (1941), un título que alude tanto a poderío real con instinto felino como a criatura mitológica con poderes de fantasía, y que casi parecería intencional para el argumento que el autor, nacido como Eric Blair, desarrolla en el texto: la naturaleza de Inglaterra (el nombre que él usa a menudo para englobar la nación, el Reino Unido) se define en la *distinción*: todo lo que los habitantes de las islas británicas entienden que los distingue de sus vecinos inmediatos, los habitantes “del continente”, los europeos.

Una naturaleza que él reconoce no solamente como nativo de dichas islas sino también en su propia experiencia de viajero, de intelectual, de luchador de batallas al sur de los Pirineos, de residente temporal en París con exiguos medios económicos pero con suficiente lente y lápiz (además del infaltable tabaco en su carrera de fumador impenitente) como para saber apreciar las diferencias que invaden al hombre que retorna a las cosas de ese Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte que le son familiares:

Cuando usted vuelve a Inglaterra desde cualquier país extranjero, tiene inmediatamente la sensación de respirar un aire diferente. Inclusive en los pocos primeros minutos, docenas de pequeñas cosas conspiran para producirle este sentimiento. La cerveza es más amarga, las monedas son más pesadas, el césped es más verde [...] Las multitudes en las grandes ciudades, con sus rostros protuberantes, sus malas dentaduras y modales gentiles, son diferentes de la multitud europea.

Esas gentes, a uno y otro lado del Canal de la Mancha (o *English Channel*, desde la orilla que habla inglés) se enfrentaban entonces a cambios históricos que determinaban su presente ensangrentado violentamente en una segunda Gran Guerra, con las fuerzas aliadas enfrentadas al ejército nazi de Hitler, con comunidades judías desmembradas y cientos de kilómetros convertidos en campos funestos. Y, así mismo, en ambas costas del canal se sabía que ese presente deslazaría en algún momento en un futuro que, con toda la incertidumbre y el temor que podía inspirar, era imposible evadir. Un día, sería necesario encarar la nueva realidad de aquel continente de fronteras severamente redibujadas, que llevaba el nombre legendario de una princesa fenicia abducida por Zeus, cuyas coordenadas geográficas se extendían con una mezcla de lenguas, dialectos, costumbres e ideas; de culturas que bien tomaban prestado entre ellas y de otras más lejanas a este y oeste. “Europa ¿su?, ¿nuestra? Europa” podría ser otra manera de subtítular aquel ensayo.

Un continente —y por extensión, un mundo— sacudidos por el cambio. Era necesario entonces, incluso bajo el amenazante sobrevuelo, preguntarse por las nociones que alimentaban

las circunstancias, ya de suyo incendiarias, que habían detonado de nuevo la declaración de una guerra como la que atravesaba Europa. Nación, identidad, patriotismo, lealtad: Orwell comienza preguntándose por sus significados en suelo inglés. ¿Qué pasaba después de volver a pisarlo, de constatar aquel césped resplandeciente y aquellos modales que adornaban fisonomías a menudo compuestas entre unos cuantos dientes faltantes y algunas narices demasiado notorias?

Primero, que la “vastedad de Inglaterra se lo traga a usted, y pierde por un rato ese sentimiento de que toda la nación tiene un carácter único identificable”. En los años cuarenta, ¿acaso no eran 46 millones de personas todas diferentes?, ¿cómo establecer un patrón entre semejante confusión? Segundo, vendrían las respuestas: Orwell propone un reconocimiento de que esos fragmentos individuales y dispares conforman un todo, una escena inglesa fundamentada en “sólidos desayunos y domingos sombríos, en pueblos humeantes, carreteras que ondulan, verdes campos y buzones rojos de correo”. Pero también en un amor sin par por las flores, el patio trasero y la “buena taza de té”. La realidad de una capacidad menor para el “pensamiento abstracto” y para la música y la pintura que las gentes de Alemania, Francia o Italia. Una hipocresía frente al Imperio y sus herencias, una obstinada aprensión frente a lo nuevo, con el proporcional apego por lo tradicional, así fuese anticuado y poco eficiente; una propensión colectiva por los pasatiempos, como coleccionar estampillas, observar trenes, criar palomas, hacer crucigramas, resolver acertijos, tirar dardos, trabajar en carpintería casera, acumular cupones, organizar vida social alrededor del *pub*, ir al partido de fútbol y, al mismo tiempo, mantener y defender un sentido muy privado de la vida personal.

Dependiendo de la clase social, el tono de la voz podía ser más ruidoso, los hábitos más escandalosos, el lenguaje más obsceno o el salario más corto para la cantidad de alcohol diario; pero, en general, frente a las crisis supremas, la nación se volvía una y actuaba “bajo una especie de instinto, realmente un código de conducta entendido por casi todo el mundo, aunque nunca ha sido formulado”. Y en esta tierra de barbarie en la perturbadoramente célebre Torre de Londres, se entendía,

En el interior de un Estado que se puede denominar de seis formas: *England, Britain, Great Britain, the British Isles, the United Kingdom* o *Albion* “en momentos muy exaltados”, los nacionales eran, y continúan siendo, excesivamente puntillosos en observar diferencias entre ellos con sus vecinos de la casa del lado, como con los de otras regiones del país. Pero todas esas diferencias se desvanecen cuando el inglés, el escocés, el galés, el hombre del norte en York, el del sur o el capitalino londinense se confrontan con el europeo.

desde siglos atrás, un “respeto por el constitucionalismo y la legalidad, la creencia en ‘la ley’ como algo por encima del Estado y del individuo”. Sí, decía Orwell, había algo distintivo y reconocible en la civilización inglesa: “Es una cultura tan individual como la de España [...] Tiene un sabor propio” que para bien o para mal imbuía el ser nativo. Ese sabor, podría agregarse hoy, seguramente resultaba a veces muy mantecoso, como de algunos típicos pasteles de carne, o insípido como los de algunos vegetales demasiado cocidos (fórmula persistente en la actualidad en algunos menús de aquellas islas), listo para provocar resignación, odio o burlas por parte tanto de nacionales como de extranjeros que encontraban insoportable esas particularidades de la vida británica.

“Las características nacionales no son fáciles de determinar, y cuando se hace, se convierten en trivialidades o parecen no tener conexión entre ellas. Los españoles son crueles con los animales, los italianos no son capaces de nada sin hacer un ruido ensordecedor, los chinos son adictos al juego. Obviamente, tales cosas no importan por sí solas. Sin embargo, nada carece de causa”, explica Orwell, insistiendo de paso, una vez más, en los problemas dentales comprobados entre su gente. En el interior de un Estado que se puede denominar de seis formas: *England, Britain, Great Britain, the British Isles, the United Kingdom* o *Albion* “en momentos muy exaltados”, los nacionales eran, y continúan siendo, excesivamente puntillosos en observar diferencias entre ellos con sus vecinos de la casa del lado, como con los de otras regiones del país. Pero todas esas diferencias

se desvanecen cuando el inglés, el escocés, el galés, el hombre del norte en York, el del sur o el capitalino londinense se confrontan con el europeo. De nuevo opera la que podía llamarse un aglutinamiento de identidad que mira a menudo con suspicacia ese pedazo de tierra al otro lado, y por consiguiente ese canal de tránsito abierto entre aguas no del todo fáciles de encauzar o contener a voluntad de un solo lado.

Ese mismo canal fondeado ya muchas veces, durante siglos, por viajeros que se decidieron —o se atrevieron— a trasegar los senderos clásicos, educativos, plácidos, formales —y no tanto— del viejo continente, y a contar el camino en relatos que conforman hoy una buena parte de la tradición universal literaria de viajes. Así como se ha dicho acerca de las idiosincrasias nacionales, se incurre en generalizaciones tan fáciles como injustas cuando se arroja toda la creación de un país bajo unos cuantos títulos. Pero es cierto que una parte de la idea de Europa en las islas británicas se ha forjado con base en recuentos testimoniales de quienes han ido por allí y, al parecer, no han quedado particularmente bien impresionados. A la hora de formar, confirmar y esparcir prejuicios, algunos autores no discriminaban particularmente entre la observación informada de primera mano y aquellas ideas viciadas por aires de superioridad británica que se transmitían fácilmente de libro en libro, de lector en lector.

Buena parte de tales ideas tienen origen en el llamado Grand Tour del siglo XVIII, cuando jóvenes patricios británicos eran enviados por meses, en ocasiones algunos años, a recorrer Europa para

refinar su formación, visitar los lugares más importantes de la Grecia y la Roma clásicas, conocer las capitales más importantes y tener un poco más de mundo antes de volver a sus islas y asumir las responsabilidades de su familia y sus asuntos, fueran públicos o privados. Estos jóvenes eran enviados con un tutor, usualmente alguien de la familia o un clérigo, quien velaba por la integridad física y, sobre todo, moral del pupilo. No se podía olvidar que el viaje entrañaba amenazas serias: el catolicismo, las mujeres, la sensualidad de las tierras latinas, por ejemplo, sin mencionar otros peligros prodigados por vicios mayores y menores. Como ha pasado siempre, no todos los jóvenes se avinieron, ni mucho menos, con el puritano guion prescrito en casa, y muchos optaron por abrazar la diferencia de las tierras no anglosajonas, especialmente cuando venía en forma de femenina insinuación francesa o de desparpajo italiano.

●
A la hora de formar, confirmar
y esparcir prejuicios, algunos autores
no discriminaban particularmente
entre la observación informada de primera
mano y aquellas ideas viciadas
por aires de superioridad británica
que se transmitían fácilmente
de libro en libro, de lector en lector.
..... ●

Por esta época, otros viajeros, no necesariamente en rito de paso a la adultez, también se dieron a la carretera, en calidad de enviados diplomáticos, acompañantes de misiones políticas o, en el caso de mujeres como la famosa Lady Mary Wortley Montagu, esposas de aristócratas en misiones oficiales. Entre unos y otros, el acervo de conocimiento, impresiones, advertencias, digresiones y otras formas de aproximación al “extranjero”, suma volúmenes que todavía hoy sirven como referencia para investigar el complejo entramado de sentimientos encontrados, de

la fascinación a la repulsión incluso, desde Gran Bretaña hacia los países europeos.

Está, por ejemplo, el caso de Tobias Smollett, conocido novelista que salió de viaje con su esposa con ansias de escapar a una serie de problemas domésticos, financieros, políticos y de salud. Muchos apartes de sus relatos están plagados de tantas quejas que su contemporáneo y también viajero, Laurence Sterne, escribió que estaban llenos de “malhumor y amargura”, que no eran más que un “recuento de sentimientos miserables”. Esto, cuando no era que el problema radicaba en los olores, como escribe Smollett de su experiencia en Francia en *Travels Through France and Italy*, publicado originalmente en 1766:

En este país casi me intoxicó con ajo, el cual ellos mezclan en sus *ragouts* [guisados] y todas sus salsas; es más, el olor perfuma sus mismas habitaciones, así como a cada persona a la cual uno se le acerca. También me enfermé con *beccaficas* [una especie de pájaro], zorzales y otras pequeñas aves, que se sirven dos veces al día a toda la gente en el camino. Ellos son presentados en hojas de parra, y siempre están medio crudos, el estado en el cual los franceses prefieren comerlos, en lugar de correr el riesgo de perder el jugo por asarlos demasiado. (72)

Pero el ajo era poca cosa cuando se trataba de ruinas dilapidadas que no se conformaban con la expectativa del ojo británico educado clásicamente. Cuando Lady Montagu, mencionada antes, navegó por las costas griegas bajo dominio otomano, en 1718, se lamenta de que nada sea como “hacía dos o tres mil años”, cuando hubiera podido bajarse a tomar “un té con Sapho”. Le advierten que solo queda el paisaje porque el arte se ha extinguido, y sin poder recorrer como soñaba el Peloponeso legendario, le advierten que evite tocar tierra: “en lugar de semidioses y héroes, me informan que está en manos de asaltantes y que correría un grave riesgo de caer en sus manos”. Otra viajera del siglo XVIII, Lady Craven, sí se atreve entre las calles de Naxos y Atenas, pero el testimonio no es favorecedor: “las jóvenes en sus trajes de fiesta no se ven ni decentes ni bonitas”, las señoras en los baños: “nunca había visto tantas mujeres tan gordas en un solo lugar”, una danza infantil: “el espectáculo más estúpido que he visto”. Mabel Moore en *Days in*

Hellas considera que las griegas de las clases medias y altas son “dependientes y sumisas”, interesadas en nada más que “apuestas, chisme y vestido”. Seres banales que no se comparan favorablemente con las enérgicas sufragistas de su país.

En otros casos, cualquier consecuencia positiva derivada del viaje era desdeñada y criticada. Para qué viajar cuando en Inglaterra se tenía todo lo que se podía querer. En esta línea, el editor e impresor Edward Cave, fundador de la que fuera quizá la publicación periódica más influyente de su época, *The Gentleman's Magazine, or Monthly Intelligencer*, lanzó en 1731 un franco ataque al Grand Tour y sus ejecutantes por todo tipo de razones: religiosas, educativas, patrióticas e incluso sociales, ya que el autor aseguraba que tal viaje no era suficientemente aristocrático. Como escriben Elizabeth Bohls e Ian Duncan en una antología de literatura de viajes, el señor Cave aseguraba que las “excursiones en el extranjero supervisadas inadecuadamente exponen a jóvenes caballeros a una multitud de influencias nocivas, entre ellas las más importantes la superstición católica, el despotismo absolutista y las tentaciones al libertinaje y a la extravagancia”.

Aunque la revista reconoce que es posible adquirir “un conocimiento útil” en un viaje, en general este debe hacerse únicamente por trabajo o “para hacer observaciones”, aunque “el dinero gastado fuera es una pérdida para nuestro país”, duda de que haya realmente casos de adecuada vigilancia para los jóvenes del Grand Tour, el cual es debatido ampliamente en sus páginas:

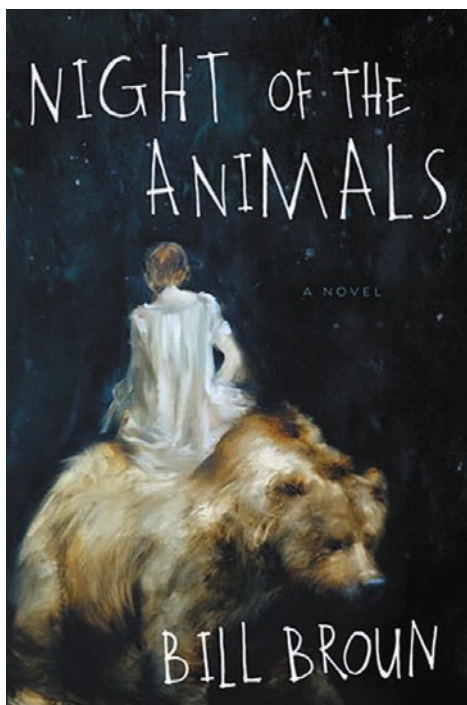
Nuestros viajeros son comúnmente sacados de la escuela, o de la universidad, a los 17 o 18 años de edad, bien sea porque el joven detesta los estudios, o tiene una mente dispersa, y es enviado al extranjero antes de que pueda hacer un progreso en el aprendizaje, o sepa la constitución de su propio país. La consecuencia de todo es que [los jóvenes] quedan inmersos en todo tipo de lascivia y desenfreno, y sus principios, tanto religiosos como políticos, son corrompidos por las intrigas de los curas irlandeses romanos, y otros emisarios que plagan los países católicos; y si una vez ellos se salen del curso de la religión de su educación, despertará en ellos una aversión a un príncipe protestante, y a la forma de gobierno de su propio país.

Gentleman's Magazine critica también a las damas que no consideran las británicas ciudades de Bath o Tunbridge para los baños termales que ellas buscan ávidamente más bien en Montpellier o París. Indicando que quienes defienden los viajes por Europa hablaban de aprender lenguas, costumbres, leyes, economía, situación y fortalezas de pueblos y ciudades, se lamenta de que lo único que los viajeros británicos llevan de regreso son el “coiffure francés, la *Robe de Chambre* de las mujeres, el *Toupé* y *Solitaire* de los hombres, bailes, juegos y mascaradas”. Es decir, frivolidades que suman “al mal de residir fuera”, de gastar el dinero de patrimonios ingleses en tierras ajenas, “desestimulando nuestros propios mercaderes y fabricantes”.

Nada foráneo parecía compensar plenamente la pena de salir de las prodigiosas islas que lo tenían todo. Incluso cuando se trataba de algunas exquisiteces continentales, como le ocurrió a Smollett en Francia, era mejor buscarse un arroyo y encontrar “excelente agua para mezclar con nuestro vino”. Tres siglos después, escribiendo sobre los soldados de las clases trabajadoras luego de la Segunda Guerra Mundial, Orwell decía que ni siquiera tras cuatro años en suelo francés habían adquirido “un gusto por el vino”, y además habían regresado “con un odio hacia todos los europeos”. Todos, excepto los alemanes. Podían ser el enemigo, pero “admiraban su coraje”.

Esa repetitiva actitud de rehusarse a entender y tomarse con seriedad a los extranjeros era una estupidez británica “por la cual hay que pagar un costo alto de tanto en tanto”. Orwell supuso que una forma federada y socialista de “Estados Unidos de Europa” sería el futuro para la paz y la prosperidad de sus islas natales y del resto del continente. Casi ocho décadas después, la fórmula encontrada concentra un mercado único, pero tambalea en sus estructuras y la nación británica se dirige hacia el *hard Brexit*, una escisión dura y penosa de la Unión Europea a partir de que la primera ministra Theresa May invoque, para tal efecto, el artículo 50 del Tratado de Lisboa en 2017, según se tiene anunciado.

Distintas circunstancias sociopolíticas y económicas han jugado un papel en el resultado del referéndum del 23 de junio de 2016 pero que, en retrospectiva, no es tan sorprendente como podría parecer en un primer momento. Literatura



También ha habido indicios contemporáneos, como los de Bill Broun en su novela *Night of the Animals*, una novela sobre una Londres en 2052, llena de distopía, sobre una sociedad altamente inequitativa, dominada por un estado de vigilancia que se ha replegado en sí mismo bajo el dominio superior de un príncipe Harry con poderes extraordinarios, y que, según su autor, es un anticipo “del horror” que puede desatar Brexit.

diversa ya daba cuenta de tal ambivalente (por decir lo menos) relación de conveniencia Reino Unido-Europa. Y no solamente aquella de los *grand-tourists* o de Orwell, a quien V.S. Pritchett ha llamado “la consciencia invernal de su generación”. También ha habido indicios contemporáneos, como los de Bill Broun en su novela *Night of the Animals*, una novela sobre una Londres en 2052, llena de distopía, sobre una sociedad altamente inequitativa, dominada por un estado de vigilancia que se ha replegado en sí mismo bajo el dominio superior de un príncipe Harry con poderes extraordinarios, y que, según su autor, es un anticipo “del horror” que puede desatar Brexit.

Broun y su editor exageran. Pero en ese espacio entre la ficción y la realidad quedan flotando las palabras de otra novelista, Angela Carter, cuando reseñaba un libro de John Berger en 1989: “Pronto la nostalgia será otro nombre para Europa”. ■

Lina María Aguirre Jaramillo (Colombia)

Doctora en literatura y periodista. Docente de la Universidad Pontificia Bolivariana. Investiga sobre temas relacionados con literatura, arte, la narrativa de viajes, ciencia y la relación internet-sociedad. Escribe para distintos medios en Colombia y España. Autora de libro *Por curiosidad - Artículos periodísticos* (2016).

Referencias

- Bohls, E y Duncan, I (eds.) (2005). *Travel Writing 1700-1830*. Nueva York: Oxford University Press.
- Braun, B (2016) *Night of the Animals*. Nueva York: Ecco
- Calamur, K (2016) *Brexit: What Would George Orwell Do?* The Atlantic.
- <http://www.theatlantic.com/international/archive/2016/06/brexit-george-orwell/488057/>
- Carter, A (1989). Reseña del libro *Once in Europe*, de John Berger. *The Washington Post*.
- Kiesling, L (2016). Night of the Animals: the American novel that predicted Brexit *The Guardian*
- <https://www.theguardian.com/books/2016/jul/08/night-of-the-animals-bill-broun-brexit-prince-harry>
- Mitsi, E (2002). Roving Englishwomen: Greece in Women's Travel Writing, *Mosaic* 35 (2): 129-145.
- Orwell, G (1982). “England Your England”. En: *The Lion and the Unicorn: Socialism and the English Genius*. Londres: Penguin.
- Smollett, T (1979). *Travels Through France and Italy*. Londres: The Folio Society.